

del público y á los dientes de los perros, hasta que consintió el intruso en que se les diese sepultura.

Los municipales, sin inspirar expresamente estos horrores, los ocasionaban, manifestando en la pesquisa todo el ardor posible. Si dexaban un solo vaso sagrado en los conventos de donde no habian sido aún arrojadas las vírgenes de Christo, permitiendo que se celebrase una misa sola, era ordenando que fuese á puerta cerrada y con todo sigilo. En muchas partes añadieron la condicion de que no se pudiese celebrar sino por un sacerdote juramentado, con lo que horrorizadas las religiosas de la parte que se les queria hacer que tomasen en el cisma, se resolvieron mas bien á una privacion dolorosísima para ellas, y ya sin Sacerdotes, Sacramentos y Sacrificio, procuraban suplir con el aumento del fervor, y con la resistencia á los intrusos y á sus bandidos, que no se descuidaban en solicitar los unos, y en violentar los otros.

Entonces ya no gozó ni el mismo Rey la libertad de religion que habia sancionado él propio para el pueblo. Se le habia podido persuadir al principio, que en consecuencia de esta libertad podía dexar establecer la constitucion pretendida civil del Clero; pero jamas habia podido resolverse á abrazar él mismo el cisma y la heregia: pensó poder asistir una vez como primer hombre público al oficio divino celebrado por el intruso en la antigua parroquia de palacio, costando mucho á su corazon esta disimulacion; pero en su capilla jamas admitió á otros Sacerdotes que católicos, y no quiso tener que ver mas con aquel Poupard, su antiguo confesor, cura de San Eustaquio, que habia tenido la baxeza de jurar.

Ni le perdonaban los constitucionales esta preferencia que daba á la antigua Religion; porque queriendo un dia ir á comulgar á San Claudio para cumplir con el precepto de la Pasqua, noticiosos, ó sospechosos de ello los intrusos y jacobinos, amotinaron al populacho, que acudió al salir el Rey, se echó sobre los caballos, detuvo el coche, y llevó la insolencia hasta decirle en su cara mil injurias y amenazas si no iba á la iglesia constitucional á recibir la comunión de mano del intruso; y respondiendo con toda mansedumbre, que debía él mismo por lo

ménos gozar de aquella libertad de conciencia que habia sancionado para todos, persistieron siempre furiosos gritando al rededor del coche, hasta que despues de haber sufrido por mas de una hora las mayores insolencias de los que le tenian abierta la puerta del coche, y esperado en vano la licencia para seguir, tuvo que ceder y volverse á su palacio.

Por este mismo tiempo idearon los intrusos y jacobinos otro medio de borrar los últimos vestigios del culto público que quedaban en algunas partes, donde eran aún servidas las parroquias por Curas ó Tenientes que solo habian jurado con excepcion de quanto pudiese ser contrario á la fe católica, y fué el de no admitir ya mas estas restricciones. Los obispos intrusos expedian edictos y componian cartas pastorales, queriendo obligar á estos Curas y Tenientes á que las publicasen desde el púlpito, como se habia forzado á los otros juramentados á leer en el mismo sitio los decretos de la asamblea mas contrarios á la Religion. Esto era evidentemente reconocer la autoridad del falso obispo, y participar del cisma. Igual era la pretension sobre las dispensas y demas actos de jurisdiccion de los tales intrusos, á que no podian prestarse los verdaderos Pastores sin renunciar á su verdadero Obispo, y retractar las condiciones ó restricciones usadas en su juramento. De este modo no quedó cosa por hacer para anularlas y poner á estos Curas en la precision de adherir al cisma: negáronse ellos: se les hizo cargo del juramento hecho: satisfacian ellos con las restricciones añadidas; y en adelante no se admitió ya mas sus restricciones, ni se permitió su ministerio: fueron, pues, perseguidos como los no juramentados: fueron citados á los tribunales, y los jueces iniquos llevaron la perversidad hasta declarar por malhechores á los que usaban de ésta reserva en favor de la Religion: fueron condenados respectivamente estos Sacerdotes á dos horas de argolla á la vergüenza, á estar dos años á la cadena, á destierro por toda la vida, sin otro pretexto que haberse atrevido á exceptuar en su juramento lo que fuese contrario á la Religion católica.

Tal era el rigor y el imperio de los jacobinos contra las parroquias que adherian á la antigua Religion, que negaban á pueblos enteros el permiso que daba la constitucion á cada ciu-

dañano de dar memoriales, ó hacer representaciones á las autoridades constituidas. Cien vecinos de la parroquia de Santiago, cerca de Rennes, todos cabezas de familia, se habian unido para pedir que se les restituyese su antiguo Pastor: el efecto de este memorial fué buscar al Pastor, y prenderlo con ocho de los principales que lo habian firmado.

Desde este momento fué todo materia de delacion á los tribunales, y fueron condenados tanto los que absolutamente se habian negado á jurar, como los que lo habian hecho con restriccion. El Cura de San Sulpicio, diócesis de Rennes, habia dado á sus feligreses instrucciones sobre las señales de la verdadera Iglesia, y por ello fué condenado á ser rapado, estar quatro horas á la vergüenza, y seis á la cadena. El de Noyal sobre el Villaine, Mr. Michelet, fué sentenciado por el mismo delito á tres años de prision, apeló, y el segundo tribunal, que fué el de San Maló, le dió opcion de retractar su doctrina delante de los feligreses, ó padecer prision perpetua, la misma que eligió como debia.

Á estos rigores exponian á qualquiera que mostrase un tantito de zelo de la antigua Religion: el haber distribuido un breve del Papa, ó alguna obra contra el cisma: el haber bautizado un niño fuera de la iglesia constitucional: el haber pronunciado en voz inteligible el nombre del Papa en una capilla católica no cerrada aún, todo era delito, á el que necesariamente seguia la denuncia y prision quando ménos. Necesitaban los jueces un género de firmeza heroica para resistir á los clamores de los bandidos que pedian la proscripcion. El tribunal de Leon hubo menester toda la constancia de los romanos para dar por libres á algunos Sacerdotes acusados de haber rogado por el Papa en una capilla, y haber servido de testigos para un matrimonio católico.

Otro género de persecucion inventaron los sacerdotes constitucionales. Estando ellos solos autorizados para dar sepultura, se negaron á hacerlo con los que habian recibido los Sacramentos de mano de Sacerdote católico, para obligar así á los fieles á recurrir á su ministerio en las últimas enfermedades: exponian, pues, los cadáveres á los ultrages del populacho, que

unas veces abria el ataud para atravesarlo con las picas ó despedarlo, otras lo arrastraban á los muladares, otras se quedaba á medio enterrar. Muchas veces tuvieron que interponer su autoridad los magistrados para ocurrir á estos desórdenes, que suministraban á los católicos nuevas pruebas de la ceguedad de los constitucionales: porque siendo así que no negaban la sepultura sino á los que no habian acabado en la verdadera Religion; una vez que no la concedian á los que habian muerto en la antigua Iglesia, confesaban en esto mismo que su iglesia no era la misma que la antigua, y por consiguiente habian mudado de fe.

Y á esto alude el dicho de un Sacerdote católico sobre la visita que hizo á uno que estaba ya espirando el Señor Rousineau, cura intruso de San German, el qual dixo: *yo hubiera convertido á este hombre, si hubiera podido hablarle. Bien, dixo el tal Sacerdote oyendo referir esto: ¿él lo hubiera convertido? Luego cree que el muerto y nosotros necesitamos de convertirnos á su fe: ¿porqué nos dicen, pues, que nos dexan la misma Religion, y que no han mudado ellos cosa alguna?*

Así cegaba la pasion á los constitucionales; pero necesitaban aún cosa mayor que estas persecuciones parciales, que no alcanzaban á libertarlos de este Obispado y Clero tan numeroso y firme en la antigua fe. Es verdad que ya habia sido forzado á expatriarse un buen número de Obispos y Curas; pero quedaban aún repartidos en toda la nacion muchos millares de Sacerdotes no juramentados, de que era menester deshacerse á toda costa; y no siendo para esto bastante eficaz el decreto del 29 de Noviembre, dispusieron pedir la prision, y deportacion ó destierro general.

Quando querian los jacobinos obtener á toda fuerza un decreto, acostumbraban comenzar á ejecutarlo en las ciudades ó departamentos que les eran mas devotos: dominando, pues, con mas especialidad en la parte del Norte, comenzaron á ponerlo allí en execucion á pesar del *veto* puesto por el Rey al referido decreto, y el 15 de Febrero determinó el departamento de la costa de Oro, que se encerrasen en el castillo de Dinán todos los Sacerdotes no juramentados. Aunque la persecucion habia ya echado á la mayor parte de ellos, no obstante, hecha la

pesquisa, se encontraron quarenta y dos dispersos en las aldeas, de los cuales unos fueron cargados de cadenas sin embargo de no hacer la menor resistencia, otros por todo el camino se fueron alojando en las mismas cárceles que los malhechores, y conducidos con los ladrones y asesinos, y del mismo modo que ellos llegaron á Dinán. A algunos, quitado el hábito eclesiástico, se les puso por irrision el uniforme de soldados nacionales: del escaso haber que ellos tenian se costearon sus conductores, y algunos pasaron la noche en un género de embovedado por donde se desaguaban las inmundicias del pueblo. Los primeros que llegaron á Dinán fueron puestos en una prision obscura, y de ayre tan mal sano, que murió luego uno de ellos, y hubieran muerto todos si no les hubiera permitido el carcelero salir por un rato al ayre libre. Se les mantuvo con el poco dinero que les quedaba, no obstante que el departamento les debía muchos caidos de sus pensiones. El tal qual alimento que compraban, jamas se les traxo sino con una guardia, que les cercaba siempre con pistola y sable en mano, repitiéndoles injurias mientras que lo comian. Mil veces fueron registrados y vueltos á registrar, con mucha ofensa del pudor, por infames municipales. Si tenian que pedir algun socorro, lo habian de hacer por escrito, leyéndole los guardias, y costándoles cada pluma, cada hoja de papel y cada gota de tinta de ocho á diez veces mas que su valor, y pagar el duplo ó triplo de cada comision, y estas se contaban por el número de las cosas que pedian, aunque para todas fuese bastante una sola. Casi ninguna comunicacion se les permitia con sus parientes y amigos, y ninguna absolutamente sin precauciones, que convertian en visitas de amargura las que les hacian para consolarlos. Muchas veces, en los ratos en que se les permitia salir al descubierto, disparaban los guardias hácia ellos, haciéndoles pasar mil sustos, y todos estos males no fueron para ellos tan sensibles como la flaqueza de un compañero, que apostatando, pronunció de boca el fatal juramento por salir de la terrible prision, bien que en tan gran número de ellos, y de los que recibieron despues los mismos y peores tratamientos, fué este el único que sepamos haber flaqueado.

Un mes despues el departamento de Maine y Loira in-

timó á todos los Eclesiásticos no juramentados venir á la capital, de donde les fué prohibido alejarse media legua, pena de perpetuo encierro en el seminario. Por el mismo decreto se les mandaba acudir á la hora señalada á las casas consistoriales para pasar lista, sin mas excepcion que la de enfermedad certificada por un médico señalado para ello.

Siendo el término dado para hallarse en Angers de todo el departamento perentorio y de pocos dias, era triste espectáculo ver todos los caminos llenos de Sacerdotes casi todos necesitados: los que estaban aún en el vigor de la edad, llegaban los primeros: los seguian los ancianos, casi arrastrando, á pie, sin mas apoyo que su baston, otros amontonados en carros, que les suministraba la compasion de los paisanos: aquellos que por enfermos ó endebles se sentaban ó tendian en los caminos, sin poder seguir, rogaban á los pasajeros quisiesen llevarlos al lugar de su destierro: los mas mozos entre los Tenientes, llevaban en sus brazos á sus Curas octogenarios, y este espectáculo movió la piedad de los vecinos de Angers de modo, que aun los ciudadanos mas zelosos de la revolucion, á falta de posadas, les franquearon sus casas: algunos salian al camino para lograr el traerlos ántes que otros á su habitacion: persona hubo, que viendo llegar á la puerta de la ciudad al anochecer un anciano, le dixo: » ninguna posada queda ya: venid á mi casa, que allí » estan muchos de vuestros compañeros, y todavía me queda » una cama desocupada.» El anciano respondió: » estimo mucho la generosa oferta; pero teniendo yo aún diez y ocho » francos, puedo pagar la posada por algunos dias; y puesto » que os queda lugar para alojar á uno, os suplico lo guardéis para otro Sacerdote mas enfermo que yo, al qual no pudiendo traer conmigo, me lo he dexado atras en disposicion » que no sé si podrá llegar; lo que sé de cierto es, que es tan » pobre, que no podrá pagar un sorbo de caldo.« Á estas palabras partió el buen ciudadano en busca del desgraciado, lo traxo de la mano, y lo hospedó en su casa. Solo el populacho, siempre agitado é inflamado por los clubs, no se amansó á la vista de los venerables Confesores, gritando como furioso tras de ellos.

El día señalado se hallaron en Angers trescientos de estos Sacerdotes. Otros horrorizados al considerar la desolacion en que quedarian tantas parroquias sin Sacerdote católico, especialmente en el tiempo que era de Pasqua, prefirieron el socorro espiritual que podrian darles, á la gloria que se les ofrecia de ir á padecer por Christo, y quedaron en diferentes lugares disfrazados y ocultos. Los fieles acudian á ellos de noche, con la precaucion de venir en corto número: se consolaban, se arrojaban vertiendo lágrimas á sus pies, recibian sus instrucciones y los santos Sacramentos con tanto mas fervor, quanto temian no poderlos recibir mas, ni ver ya mas Sacerdote católico. Pero por mucho cuidado que se quiso poner en el secreto, fueron descubiertos muchos de estos santos Pastores, unos en los mismos subterranos, otros en la misma ocasion de ir á deshora de la noche á dar el último consuelo á los moribundos; porque los intrusos tenian sus espías para zelar las casas, y aun las camas de los enfermos que sabian estar determinados á morir sin Sacramentos, mas bien que adherir á su cisma recibíndolos de mano de ellos.

Con este descubrimiento se buscaron con mas solicitud por los soldados nacionales, y quantos se hallaron fueron encerrados con buena guardia en la casa del seminario menor, los demas tuvieron la ciudad por cárcel, y la caridad de los buenos ciudadanos proveía á la subsistencia de todos.

El primer suplicio de estos Confesores no fué tanto la grita é insultos del estúpido populacho, quanto el triste aspecto que ofrecia á sus ojos la ciudad; porque abundando ántes de la revolucion en monumentos religiosos, se veían entonces á cada paso escombros y ruinas de iglesias y claustros. En una sola plaza estaban derribados hasta los cimientos quatro templos: las capillas estaban convertidas en tiendas y almacenes: al rededor de la catedral estaban echados por tierra sus claustros, viviendas de los Canóniges y demas oficinas: en el sitio en que habia estado la iglesia de Santa Cruz, no se descubrian ni vestigios: la nave que habia quedado de la de San Mauricio, esperaba solo la injuria del tiempo para venirse sobre la otra ya demolida: las pinturas rasgadas, y las estatuas de los Santos mutiladas, les traían á la

memoria los destrozos de los iconoclastas, * viéndolos renovados por los constitucionales: violados los sepulcros, levantada la tierra de los cementerios, esparcidos por ellos los huesos, otros echados á carretadas en el rio, que se los iba dexando por las orillas, jugando los muchachos con los despojos de los muertos, rodando las calaveras: las tierras sepulcrales destinadas por la avaricia á engrasar las huertas con la substancia de sus conciudadanos, deudos y padres: las urnas que habian encerrado las cenizas de los maridos, puestas en almoneda delante de los ojos de sus mugeres: nosotros vimos en Angers, me han dicho varios Sacerdotes que pudieron felizmente escapar, todos estos espectáculos, y llorabamos una revolucion que extinguía hasta los sentimientos de humanidad, y el natural respeto á las reliquias de los difuntos. Yo ví, me dixo el Padre Augusto Girard-de Charnacé: yo ví la pala y azada cavar y remover las cenizas de mis padres, y derrocar el sepulcro de mis mayores, á cuyos lamentos el único consuelo que he podido dar, ha sido decir, que la misma degradacion de la naturaleza y de la sociedad religiosa y civil ha habido en otras mil partes de nuestra desgraciada patria, obrada por los mismos que ostentan dulzura, humanidad y perfecta sociedad.

Por entre estos tristes objetos pasaron á la plaza de la ciudad los trescientos Confesores convocados la primera vez delante de las casas consistoriales para dar su nombre y hacer la lista que habian de pasar en los dias que se señalase, que fueron de propósito los dias de fiesta y de mercado. En ellos al dar la hora se presentaban estos hombres venerables en medio de la grita del populacho, que los llamaba *gorretes*, *aristócratas* y demas apodos revolucionarios que cuidaban de enseñar los jacobinos: cercábalos allí una numerosa guardia, y desde los balcones los mofaban con risadas, y se saboreaban con su humillacion los municipales: luego sacaba un comisario con cierto ayre de magestad despótica un libro encarnado, en que estaba escri-

R

* *Iconoclastas*, esto es, impugnadores de las sagradas imágenes, cuyo promotor principal fué el impio Leon Isaurico. (*Florez Clav. histor. Siglo VIII.*)



to con grandes letras esta inscripcion: *año quarto de la libertad*, y en prueba de esta libertad era su contenido una lista de trescientos Sacerdotes arrancados de sus iglesias, casas y familias, forzados á comparecer y responder á una nómina para contestar su sumision á decretos tiránicos, y su existencia en la ciudad dada por cárcel. No tiene un maestro de escuela pedantesco con sus discípulos el ayre de dominio con que el comisario llamaba á cada uno de estos respetables Confesores, á quienes bastaba para ganarse un bufido y una reprehension el no responder pronto por no oír bien, ó por equivocarse su nombre. Parece que el imperio debería ser mas modesto quando llegan á obtenerlo hombres de inferior suerte; pero la experiencia enseña que se junta siempre la soberbia de la gente baxa con la dureza. En los días lluviosos y destemplados era menester acudir á la hora con mas puntualidad, y esperar á que quisiese salir el comisario, y diese licencia, despues de haber nombrado á los enfermos y ancianos, para que se pusiesen al abrigo: en fin, llegada una feria de ocho días, en todos ellos se repitió la lista, para que tuviesen los mercaderes extranjeros y demas concurrentes la diversion de este espectáculo, redoblando el populacho su mofa y gritería.

No pudiendo ya sufrir algunos honrados ciudadanos esta indignidad, representaron, que podia esto hacerse en otro sitio con ménos inconvenientes, por crecer cada día los desórdenes del populacho, y en fuerza de ella se determinó pasar la lista en el convento de los Benedictinos, donde se hizo por algun tiempo con mas tranquilidad, entretanto que se tramaban otros proyectos.

Llegado que fué el 17 de Junio, que cayó en domingo, día preciso de comparecer, conduxo el comandante de la guardia nacional una parte de sus compañías á media legua de la ciudad, y allí, despues de haberles dado por exercicio militar una fiesta de Baco, calientes ya con la bebida, les declara la expedicion para que los ha juntado, y entra con ellos en la ciudad justamente á la hora de la lista: conforme va llegando cada Sacerdote, se echan sobre él y lo encierran en la iglesia de los Benedictinos, que se convirtió en cárcel despues de haber servido á los clubistas para lugar de juntas. Los que supieron en el ca-

mino la novedad, se refugiaron en casa de algunos buenos ciudadanos que les ofrecieron asilo; pero antes de anochecer estaban ya descubiertos y presos por la diligencia del comandante: de aquella iglesia los llevaron á todos trescientos á la casa del seminario pequeño, adonde habiendo enviado prontamente la piedad de los ciudadanos camas y provisiones, aquellas quedaron dos días amontonadas en el patio, sin permitir que sirviesen, y con estotras se regalaron á satisfaccion los brutales; y todo este tiempo estuvieron los trescientos Confesores, entre quienes habia ancianos, enfermos, y aun moribundos, casi sin gustar bocado, acostados en el suelo de los corredores ó en las escaleras.

Muchos de los oficiales del departamento se quitaron de enmedio en estos días de horror, avergonzados por una parte de estos excesos y tiranias, que con solos sus órdenes podían impedir, y queriendo por otra substraerse á las solicitudes de la gente de razon, que estaba indignada; pero al fin parecieron, se juntaron, y de su acuerdo salió un decreto que solo pudo dictar la extravagancia junta con la crueldad y la hipocresía. En él se reprehendía á los guardias nacionales por haber preso á estos Eclesiásticos sin orden y contra todas las leyes, y al mismo tiempo se exhortaba á los tales Eclesiásticos á mantenerse quietos y pacíficamente en la prision baxo el pretexto de proveer á su seguridad con una fuerte guardia, que fué encomendada á los mismos que los habian puesto en ella.

Al cabo de diez días se hizo la demostracion de compadecerse de los ancianos y enfermos, y se les pasó al seminario grande baxo la misma guardia: se disgustaron luego los nacionales del aumento de centinelas, y se conduxeron los restantes, con otros que en las continuas pesquisas habian hallado los intrusos y jacobinos, á la misma prision que á los enfermos, en donde se encerraron de dos en dos ó de tres en tres en los mas pequeños aposentos, ocupando la guardia corredores, patios y jardín: Al fin se permitió que cada qual recibiese de fuera ó comprase su alimento, que era registrado cuidadosamente, y en el registro devorada buena parte por la guardia. Quanto mas se esmeraba la caridad de los buenos ciudadanos en juntar limosna y enviar lo mejor de sus mesas, tanto mas desmentia con su fero-

cidad el carácter de la humanidad francesa esta canalla destemplada vestida de uniforme militar.

Un miserable carcelero llamado Schamuffin, cruel por la avaricia, le ocurrió el proyecto de enriquecer con el alimento de estos encarcelados, y obtuvo el privilegio de darles de comer en comun por treinta sueldos diarios: los juntaba, pues, á recibir en refectorio una racion mas intolerable por el mal condimento y absoluta falta de limpieza que por la escasez, y desde entonces ó rechazó, ó se comió la guardia quanto venia de fuera para suplir la miseria. Se disputaban los guardias y los carceleros quien agravaria mas la suerte de estos presos: se clavaron todas las ventanas que caian á la calle, y aun á el patio, y comenzando á enfermar con la falta de ventilacion, fué menester para abrir algunas, que amenazara el médico podia originarse una peste.

Nada guardaba regularidad: un día se les permitía esparcirse en el jardin, otro se les negaba la entrada, otro apenas habian baxado á él, quando con sable en mano los echaban fuera: unas veces se les daba el consuelo de que dixesen misa, otras era delito pedir licencia para ello, y aun para solo oirla de alguno á quien se le hubiese permitido. Si obtenian el permiso de rezar uno con otro, ó en comun en la capilla, irritados aquellos hombres infernales por la edificacion con que lo hacian, se ponian á remedar con irrision los sagrados misterios, hasta que, en fin, cerraron de una vez para siempre la capilla.

Se ponía mucha dificultad en que entrasen á visitarlos los parientes y amigos; pero se daba franca entrada á todas las mugeres públicas, que venian á insultarlos á su satisfaccion. Ni el sosiego de la noche estaba libre de vexaciones, porque en ella se divertian los guardias en remedar las procesiones y canto de la Iglesia, y en hacer resonar en toda la casa los acentos de la embriaguez, indecencia é impiedad, ademas de tres visitas que hacian quatro granaderos con sable en mano á cada cama; no quedó cosa que no fuera pretexto para aumentar estas crueldades. Sucedió que uno de aquellos venerables hombres echó por inadvertencia un hueso de ciruela sobre la ropa de un nacional: sin mas motivo fué encerrado en un sótano á pan y agua y sin

cama por dos dias, y hubiera estado mas tiempo, á no ser por los humildes y repetidos ruegos de los demas: el mismo castigo tuvieron otros tres por motivo aun mas ligero.

El Abad Cœur-de-Roy, nombrado por los mismos municipales para cuidar de los enfermos, yendo á la cocina por caldo para ellos, fué detenido por los nacionales, y mandado que hiciese allí el juramento, se negó á ello, y en consecuencia se le prohibió la entrada en la cocina, y quedaron sin el alimento los enfermos. Peor fué para él otra diligencia con el portero, que lo apaleó por haberse negado á lo mismo. Un nacional tuvo el bello pensamiento de echar su saliva en el caldo que tomaba tranquilamente el Cura de Huillé, y reconviniéndole éste humildemente, enfurecido el guardia, le acomete con la bayoneta armada: el Cura aparta con el brazo el fusil para evitar el golpe, y él entonces lo acusa de que ha tirado á desarmarlo, y sin mas delito ni averiguacion, fué encerrado por tres dias á pan y agua en un calabozo llamado la torre del diablo, que de todos los encierros era mas digno de este nombre, el mismo en que estuvieron despues otros muchos, particularmente los que habian sido sospechados de buscar su libertad.

Entretanto continuaba por la ciudad y sus contornos la pesquisa, y era día de triunfo el día que descubrian y encerraban á alguno: no encontrando ya mas, volvieron la atencion á aquellos ancianos y enfermos á quienes habian dexado por lástima, y traxeron á la prision á Mr. Ganeau, Canónigo, ya octogenario, á Mr. Voisin, Dean de la Colegiata, á Mr. Gilly, enfermo y casi ciego, con otros gotosos, perláticos, epilépticos, y entre estos á el Prior de Avilé Mr. Charbonnier, que habia sido acometido dos veces de la epilepsia el mismo día que fueron á prenderlo: fué no obstante traído; mas despues por los grandes empeños de su familia se le llevó al hospital de los incurables. Ni el aspecto de un Sacerdote moribundo pudo amansar á estos tigres, que hallando en este estado á Mr. de la Foreterie, Canónigo de la catedral, por causa de una Haga ya gangrenada, lo traxeron no obstante en una angarilla, seguido de su criado, que pedía con lágrimas le permitiesen encerrarse tambien para hacer á su amo el último servicio: pidiéronle los bárbaros por condi-

cion que hiciese el juramento: negóse él, como bien instruido por su amo, que aplaudió su constancia, y entró solo en la cárcel para espirar.

Mientras esto pasaba en Angers, todo el departamento y los clubs pensaban en el modo de librarse de una vez de todos estos Sacerdotes: renovaban los jacobinos la demanda del destierro, se multiplicaban diputados y representaciones para obtener su deportacion á la Guayana, ó á lo ménos fuera de todo el Reyno; y para que hiciese tambien su papel la humanidad entre los pretextos del impío decreto, eran amenazados de continuo los Sacerdotes en su prision de perecer de miseria, ó de ser exterminados por el furor de un populacho, á quien para lo mismo se procuraba mantener siempre en fermentacion, y así se solicitaba su deportacion tanto por su propia seguridad, quanto por la del Estado.

A imitacion de esto el departamento de Mayenne (porque en todas partes eran unos mismos los jacobinos) decretó que todos los Sacerdotes no juramentados de su distrito se reuniesen en Laval, se hiciesen registrar junto con la calle y casa donde se alojasen, y no se apartasen de la ciudad mas de una legua, baxo la pena de ser declarados rebeldes. Aquí era mayor el número, pero igual la resignacion con que dexaron su asilo y familia seis-cientos Sacerdotes. Mr. Hersé, Obispo de Dol, se habia retirado á una casa de campo de su hermano, donde estaba comiendo quando le dieron la noticia: comenzaron luego á hacerle instancias para que se ocultase: á todo respondió: „no permita Dios „ que dexé yo pasar tan buena ocasion de confesar el nombre „ de Jesuchristo: debo dar exemplo á los Sacerdotes, y seré muy „ dichoso en verme á la cabeza de ellos en la prision,„ y el mismo dia se dispuso para ir á Laval. Con él llegaron uno de sus hermanos su Vicario general, y otros Eclesiásticos, Dignidades, Canónigos y Curas, con varios simples Sacerdotes, porque á nadie se exceptuaba en el decreto, tuviesen ó no ministerio público, muchos de los cuales habian quedado reducidos á la indigencia, y no tenian parientes ni conocidos en el pueblo adonde se les precisaba establecerse. Con este motivo hubieron de pedir al departamento que proveyese en algun modo á su subsistencia, y

la respuesta fué, que lo único en que tenían que pensar era en obedecer á la ley; pero la piedad de los ciudadanos suplió abundantemente, y los desquitó de la dureza del gobierno, abriendo generosamente sus casas, ensanchando sus mesas, y haciendo colectas y subscripciones para mas de trescientos que no tenían recurso. Sucedia en esta ciudad lo que en casi toda la Francia, que la mayor parte de gentes honradas gemia en su interior las violencias hechas á la Religion, admiraba la constancia de sus Sacerdotes, y hubiera querido seguir su exemplo. Se podía maravillarse que semejante asercion se concilie con la sobrada paciencia del lado de los franceses al ver su Religion y sus Sacerdotes oprimidos; pero estos mismos Sacerdotes no les daban otras muestras y lecciones que las que ofrece el sufrimiento, enseñándoles que los primitivos christianos no tenían otras armas que las de padecer, impidiendo siempre qualquier movimiento que el zelo mas ardiente inspiraba á sus discípulos. Era muy fácil á los vecinos de Laval oponerse á la fuerza é indignacion de los opresores; mas los Sacerdotes amaban mejor el triunfo religioso de la resignacion que el tumulto. Dios manda derramar la sangre por la fe; pero no que se vierta la de otros. Los verdaderos Sacerdotes saben continuamente morir; pero jamas matar.

Aquí, como en Angers, cada dia pasaban todos lista en la Colegiata, presentándose el primero el Obispo de Dol, que era nombrado como todos sin distincion alguna, ni aun la que se usa en toda nacion civilizada: él sufría como todos las incomodidades de la estacion, que de propósito se las hacian experimentar alargando mas la revista en los dias lluviosos y destemplados, y á él con mas especialidad se dirigian los insultos del populacho. Los demas Confesores lo honraban como á padre, destacándose á acompañarle quando era llamado y quando se volvía docientos de ellos. Luego que el comisario, sin preceder siquiera alguno de aquellos títulos honoríficos que se daban aun á los últimos ciudadanos, pronunciaba simplemente Hersé, respondia modestamente el Prelado: aquí estoy: palabra que ofendia extrañamente la secta de los intrusos y la gavilla de los impíos, porque era tanto como decirles: „aquí estoy, puedes llamar á tus verdugos, que no los temo: aquí estoy, continuando

„ en negarme al juramento de la apostasia, y pronto á sufrir
 „ primero todos los malos tratamientos y la muerte: lo dije
 „ ayer, lo repito hoy, y volveré á decirlo mañana. „ Todos los
 Sacerdotes entendian el valor de esta respuesta, y á imitacion
 suya la pronunciaban con tal ayre de firmeza, que esta lista, in-
 ventada para humillacion diaria del Sacerdocio, se habia conver-
 tido en triunfo de la Religion.

No dexaban de penetrar tambien los intrusos y jacobinos
 lo que les queria decir esta confesion y este continuo compare-
 cer á renovarla, y por lo mismo no omitian quanto pudiese obs-
 curecer la gloria que de ello resultaba á la verdad: pagaban á
 gente atrevida, que estuviese puntual á la hora señalada, para
 acalorar al populacho en sus ultrages y silvidos, de que era prin-
 cipal blanco el Obispo: ofendialos como al infierno el pectoral
 que tan dignamente llevaba, y un dia se arrojó á él una muger-
 zuela incitada de la furia infernal para arrancárselo, que fué la
 única vez en que los Sacerdotes rechazaron con fuerza la vio-
 lencia. Tambien concurrían cada dia muchos buenos ciudadanos
 de muy diversos pensamientos, para ser testigos y edificarse con
 tan gloriosa confesion, los quales conmovidos, propusieron mu-
 chas veces al Obispo y á sus venerables compañeros la resolu-
 cion en que estaban de librarlos de semejantes ultrages; mas
 ellos constantemente respondieron: no, dexadlos, no saben ellos
 el gusto que nos dan, y el bien que nos hacen. Lo que si lleva-
 ron á mal fué oír un dia levantarse una voz, durante la lista,
 de que todos tenían armas ocultas, á cuyas palabras impacien-
 tes, unos se abrian la ropa, otros presentaban sus faltriqueras,
 todos pedían que se les registrase, insistiendo en que se descu-
 briese la verdad; pero los autores de la calumnia sabian bien
 el partido que debian elegir, que fué excusar la confusion que
 les habia de resultar de la averiguacion.

En los mismos dias en que el venerable Obispo y sus
 asociados mantenian con tanta edificacion la verdadera Iglesia,
 trabajaban por muy diverso camino en establecer la suya en la
 misma ciudad otro obispo y otro clero. Habia acordado la asam-
 blea de su plena potestad erigir á Laval en obispado: en con-
 sequencia pusieron los ojos los electores en Mr. de Veauxpont,

hermano del mismo Obispo de Dol y su Vicario general, que se
 hallaba preso con él: diéronle el nombramiento, y protestó di-
 bremente, que no podia recibir un obispado que solo debia su
 creacion y pretendida potestad espiritual á decretos de legos; y
 fué cosa de ver estar aprisionado como malhechor el sugeto que
 allí mismo era tenido por el mas digno de subir al trono epis-
 copal. Acudieron entonces al señor Villard, que tuvo por bien
 ser el primer intruso de la nueva silla, y este se formó un clero
 digno de él, ordenando presbíteros, y haciendo vicarios y fiscal-
 les á un tal Premier, jóven á quien habia negado las órdenes su
 Obispo legitimo por ignorante hasta del catecismo, á otro que
 fué cogido hurtando caxas y hebillas en un gran bullicio, á otro
 llamado Laban, que presidia el club de los jacobinos, á otro
 Rabba, que tanto en el púlpito como en el diarip, de que era
 autor, predicaba que los Sacerdotes no juramentados eran vi-
 tandos, y tiranos los Reyes.

La sola vista de los venerables Confesores en Laval im-
 pedía que ganasen sectarios los intrusos, por mas diligencia que
 hiciesen sin cesar, tanto en el club como en el departamento,
 para obligar á los fieles á reconocer la nueva iglesia: y no mé-
 nos vana les salió la empresa de ganar para sí las Religiosas, y
 gozar de este triunfo en presencia de los mismos Confesores;
 porque habiendo amotinado contra ellas al populacho, un dia al
 amanecer fueron de tropel quatrocientos hombres perdidos á dar
 sobre el convento de las Ursolinas: en un momento forzarón las
 puertas, y con sable en mano corrian tras de todas hasta el coro,
 adonde fueron á refugiarse: de allí las sacaron tambien, sin pa-
 rar hasta que las pusieron en la calle. Fuéronse al convento de
 las Benedictinas, y siendo las nueve de la mañana, llegó el nue-
 vo obispo acompañado de los municipales: júntalas, y para ase-
 gurarles su proteccion no les pide otra cosa que el que lo reco-
 nozan: entonces dan todas á huir, ménos la superiora, que se
 detiene á decirle á rostro firme estas palabras: „ Monsieur, no-
 „ sotras sabémós que vos sois el principal autor de lo que padece-
 „ mos; pero por mas persecuciones que movais, jamas lograreis
 „ que mis hermanas y yo dexemos la verdadera Iglesia por la
 „ vuestra, ni para nosotras sereis nunca otra cosa que el obispo